

do, y yo he presenciado el retroceso que han tenido que hacer dos de ellos. Después han ido entrando algunos sueltos hasta las dos de la mañana, que lo ha hecho la partida del Médico, y después otros varios, y principalmente Lor Wellington con el Empecinado, pero esta tarde es la entrada pública de 6000 infantes y 3000 cavallos hiendo los demas segun se publica en persecución del enemigo».

Grandmaison nos deja el relato de la entrada visto a la francesa: En los hogares madrileños las mujeres preparaban flores para festejar a los vencedores, los niños encendían cirios delante de la imagen de la Virgen y en los balcones se extendían tapices, telas o ramas para adornarlos. Al alba del miércoles doce de agosto todo era movimiento dentro de Madrid, las misas y rosarios se sucedían y la multitud se apretujaba, formando una corriente humana, por todas las calles siguiendo una dirección única: la puerta de San Vicente. Por allí aparecieron los jinetes, negros de sudor, blancos de polvo sus caballos, los hombres eran abrazados y casi atropellados por la multitud que al grito de ¡Viva Fernando VII! recorría las avenidas de la Florida. Un repique de campanas anunciaba a toda la ciudad la llegada de los libertadores. En pleno delirio la gente agitaba pies y manos, gritos, aplausos y continuo alboroto. Los hurras se extendían conforme iban distinguiendo a los guerrilleros. El Médico, el Empecinado, el Abuelo, Chaleco, Wellington, el gran vencedor, fué menos aplaudido.

Mezonero Romanos, joven, muy joven entonces, recordaba la entrada triunfal en Madrid de sus libertadores que él presenció y que relata en sus Memorias de un setentón: «Un gran gentío esperaba la llegada del ejército aliado... todo estaba engalanado... poco después de las nueve... un gran vocerío y el repique de campanas nos anunció la presencia en la calle de Alcalá de las famosas partidas castellanas, a cuya cabeza venían sus ilustres jefes D. Juan Martín Díaz (el Empecinado), don Juan Palarea (el Médico), D. Manuel Hernández (el Abuelo), D. Francisco Abad (Chaleco), los cuales desfilando por la Puerta del Sol y calle Mayor fueron al Ayuntamiento donde les dieron un sencillo obsequio».

Tras los guerrilleros fueron llegando y desfilando por el mismo itinerario, Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor los elegantes highlanders con su traje tradicional y lord Wellington, frío y altivo, con muchas bandas cubriendo su pecho y una pluma en el bicornio. Flemático y reservado apareció el duque de Ciudad Rodrigo en el balcón del Ayuntamiento a recibir las pruebas de entusiasmo del pueblo de Madrid a sus liberado-

